

## DEFINICIÓN DE CIUDAD Y REGIÓN EN EL MEDITERRÁNEO. LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

FRANCISCO BELTRÁN LLORIS  
Universidad de Zaragoza

### 1

El propósito de esta mesa redonda es reflexionar sobre las relaciones que las ciudades del Mediterráneo han establecido con su entorno territorial a lo largo de los siglos.<sup>1</sup> Se trata, pues, de una temática francamente ambiciosa que puede inscribirse en la estimulante tradición de estudios que, desde la obra pionera de Fernand Braudel, se ha acercado al devenir histórico mediterráneo adoptando la perspectiva de la llamada *longue durée*.<sup>2</sup>

Ahora bien, «Mediterráneo», «ciudad» y «territorio» —o «región»—, los tres conceptos básicos sobre los que se nos ha propuesto articular nuestras intervenciones, distan mucho de ser nociones unívocas o inmutables. Tanto la idea de ciudad como las realidades sociales, políticas, económicas, ideológicas y materiales a partir de las cuales dicha idea se ha construido en cada momento han experimentado notables transformaciones a lo largo de los siglos. Y lo mismo cabe decir de las relaciones establecidas por esas diversas ciudades con su territorio dependiente o con la región en que se enclavan; o del papel histórico desempeñado por el mar Mediterráneo y la percepción que de este han tenido las sociedades ribereñas a lo largo de los casi tres milenios que esta mesa redonda se propone abordar.

Por todo ello mi contribución adoptará la forma de tres breves reflexiones en torno al mar Mediterráneo, la noción de ciudad, y las relaciones entre ciudad y territorio durante la Antigüedad clásica.

1. Este texto reproduce con pequeñas modificaciones mi intervención oral en la mesa redonda desarrollada en Barcelona el 23 de noviembre de 2016. Por ello, el aparato bibliográfico es selectivo y asistemático. Este trabajo se inserta dentro del proyecto FFI2015-63981-C3-3-P del Ministerio de Economía y Competitividad de España.

2. Se trata de una noción central en *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, obra de Fernand Braudel publicada en París por Armand Colin (1a ed. en 1949 y 2a ed. en 1966). Braudel reflexiona específicamente sobre este concepto en el artículo «Histoire et sciences sociales: la longue durée», publicado en 1958 en el vol. 13 de la revista *Annales. Economies, sociétés, civilisations* (Fernand Braudel, «Histoire et sciences sociales: la longue durée», *Annales. Economies, sociétés, civilisations* [París], vol. 13 [1958], p. 725-753). Al respecto véase recientemente: Maurice AYMARD, «La longue durée aujourd'hui: bilan d'un demi-siècle (1958-2008)», en Diogo Ramada CURTO et al. (ed.), *From Florence to the Mediterranean and beyond: Essays in honour of Anthony Molho*, Florencia, Leo S. Olschki, 2009, p. 559-579; Immanuel WALLERSTEIN, «Braudel on the Longue Durée: Problems of Conceptual Translation», *Review (Fernand Braudel Center)* (Binghamton), vol. 32, núm. 2 (2009), p. 155-170.

Empecemos por el **Mediterráneo**. La aproximación a este mar interior como un espacio histórico es en gran medida mérito del estudio seminal y pionero de Fernand Braudel, al que antes hacía referencia: *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949).<sup>3</sup> En esta obra el historiador francés proclamaba la unidad y la coherencia del Mediterráneo en el s. XVI, pero en la idea de que se trataba de un fenómeno propio de la *longue durée* que no se limitaba a ese período sino que se remontaba hasta los tiempos antiguos y prehistóricos, época de la que se ocupó más específicamente en otro trabajo, *Les mémoires de la Méditerranée*, redactado en 1969 pero publicado póstumamente en 2001.<sup>4</sup> Precisamente por esas mismas fechas, en el 2000, aparecía otro estimulante y complejo volumen firmado por Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*, que, en la estela de *La Méditerranée* de Braudel, pretendía explícitamente afirmar la unidad mediterránea en los tiempos previos al s. XVI.<sup>5</sup>

Conviene empezar señalando que abordar el Mediterráneo como un espacio histórico unitario es casi una obviedad para un historiador de la Antigüedad. Más aún, la creación de un espacio histórico unitario en torno al Mediterráneo es probablemente uno de los rasgos más definitorios de los tiempos antiguos. Y esta afirmación no es en absoluto fruto de una percepción *etic* o modernizadora ajena a sus protagonistas. Al contrario, ya Platón, por ejemplo, en ese particular mito escatológico que introduce al final de su *Fedón* (c. 387 a. e. c.), ponía en boca de su maestro Sócrates una frase, muchas veces invocada después, que subraya rotundamente el estrecho vínculo con el Mediterráneo de los antiguos helenos: «Nosotros los que poblamos esta

3. Para una visión reciente sobre el papel de Braudel en lo que a veces se denomina «historia ambiental», véase Geneviève MAS-SARD-GUILBAUD, «Historiadores, geógrafos y la relación hombre-medio en Francia: de Vidal de la Blache a los programas interdisciplinares de finales del siglo XX», *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales* (Murcia), vol. 35 (2016), p. 15-25.

4. Fernand BRAUDEL, *Les mémoires de la Méditerranée: Préhistoire et antiquité*, París, Le Livre de Poche, 2001.

5. Peregrine HORDEN, Nicholas PURCELL, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*, Oxford, Blackwell, 2000, esp. parte 1. El tema sigue suscitando interés, por ejemplo: Irad MALKIN (ed.), *Mediterranean Paradigms and Classical Antiquity*, Londres y Nueva York, Routledge, 2005.

parte de la tierra que se extiende desde el Fasis [el río Rioni, en Georgia] hasta las columnas de Hércules, vivimos en las orillas de este mar como las hormigas o las ranas en torno a un charco» (109 a-b). Dicho de otra forma, Platón y los griegos del s. iv a. e. c., aun siendo vecinos del gigante persa y conscientes de la enorme extensión de la ecúmene o mundo habitado, consideraban que su espacio vital estaba constituido por las tierras mediterráneas situadas entre el Mar Negro y el Estrecho de Gibraltar, escenario privilegiado de sus navegaciones comerciales y coloniales.

Más evidente aún resulta la centralidad del Mediterráneo en el caso de Roma, que si lo denominó *Mare Nostrum* fue precisamente porque lo convirtió en un lago interior, centro de gravedad y eje vertebrador de un espacio político por primera y última vez unificado. Esto sucedió obviamente como colofón de centurias de conexiones previas entre Oriente y Occidente, protagonizadas por fenicios y griegos sobre todo, que establecieron un apasionante diálogo entre las diferentes sociedades asentadas a orillas de este mar interior. Pero bajo la égida de Roma las tierras situadas en torno al Mediterráneo no solo intensificaron los intercambios económicos y culturales entre sí, sino que, además, pasaron a conformarse como una sola unidad política, como un solo estado, cuya vigencia se dilató durante más de medio milenio.

Este hecho —conviene subrayarlo— es único desde un punto de vista histórico: se produjo en la Antigüedad por primera vez y no ha vuelto a repetirse desde entonces. Así lo reconoce, por ejemplo, Lucia Nixon en su reseña sobre *Les mémoires de la Méditerranée* de Braudel y sobre *The Corrupting Sea* de Horden y Purcell —con críticas, por cierto, que no termino de compartir—, en la que solo identifica dos momentos en que «the Mediterranean as an entity has existed»: el Imperio romano y lo que, un poco a modo de boutade, denomina «the Age of Tourism», es decir, la actualidad, en la que el Mediterráneo sería definido desde una perspectiva étic y comercial como un placentero destino turístico.<sup>6</sup>

Por todo ello no debe extrañar que los límites convencionales de la Antigüedad se establezcan con relación a dos procesos que se corresponden, en el caso del más antiguo, con una fase de intensificación de la conectividad intermediterránea (como fue la rápida difusión de la escritura alfabética por obra de fenicios y griegos a partir del s. VIII a. e. c.) y, en lo que respecta al más tardío, con la disolución de la unidad política mediterránea creada por Roma tras la irrupción del islam, mil quinientos años después.<sup>7</sup>

6. Lucia NIXON, «Review of *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, by P. Horden and N. Purcell, and of *The Mediterranean in the Ancient World*, by F. Braudel, R. De Ayala, P. Braudel and S. Reynolds», *Journal of Roman Studies* (Londres), vol. 92 (2002), p. 195-197, esp. 197.

7. O, mejor aún, como defendió Peter Brown en *El mundo en*

No se trata ahora de cuestionar desde una perspectiva antigua la unidad mediterránea defendida por Braudel para el s. XVI u otros períodos. Es mucho más importante poner de relieve cómo esta unidad no es tanto un fenómeno «natural», geográfico o ecológico —más allá de los muchos elementos comunes que evidentemente comparten las tierras mediterráneas— cuanto un producto humano y social. Así lo afirmaba ya Braudel: «La Méditerranée n'a d'unité que par le mouvement des hommes».<sup>8</sup> Y al igual que Braudel, también Horden y Purcell presentan la unidad del Mediterráneo como fruto de la acción humana, es decir, como un producto de unas determinadas condiciones históricas. De hecho, los autores de *The Corrupting Sea* ponen el énfasis en la conectividad como el elemento básico generador de ese espacio mediterráneo común que representan en términos caleidoscópicos como una serie de territorios diversos y fragmentados —rasgo este de la fragmentación que, en su opinión, quizás un poco radical, constituiría el elemento distintivo del Mediterráneo— que, en consecuencia, resulta necesario examinar a través de un estudio diferenciado, casi microecológico.

Retengamos pues la diversidad como un rasgo prominente del espacio mediterráneo, una afirmación que no hace sino recordar que el valle del Nilo, el sur de Francia, Campania o la costa egea turca, por mencionar solo cuatro ejemplos, constituyen espacios muy diferentes, incluso desde el punto de vista climático y agrario, y que solo excepcionalmente han conformado un espacio histórico unitario. Dicho de otra manera, las tierras circunmediterráneas nunca han compartido tantos elementos comunes de índole no solo económica o social sino cultural y política como durante la Antigüedad y, más especialmente, durante el Imperio Romano. ¿Quiere decir esto que el Mediterráneo no constituye un marco adecuado para la reflexión histórica que aquí se plantea? En absoluto: esa marcada conectividad mediterránea ha existido desde la prehistoria hasta hoy y ha generado estrechas interrelaciones entre las sociedades que poblaban y pueblan sus orillas. La diferencia es que a lo largo de la historia el Mediterráneo ha sido habitualmente un lugar de encuentro de espacios culturales y políticos claramente diferenciados —piénsese por ejemplo en el Medioevo con Bizancio, la cristiandad occidental y el islam— y solo en una ocasión, con el Imperio romano, ha actuado como centro vertebrador de un espacio político único.

la Antigüedad tardía (Peter BROWN, *El mundo en la Antigüedad tardía*, Madrid, Taurus, 1989, p. 238-239) con el tránsito de los omeyas a los abasíes y el traslado de la nueva capital del mundo musulmán de Damasco a Bagdad, es decir, de una ciudad que había formado parte del Imperio Romano a otra que se encontraba fuera de sus fronteras.

8. Fernand BRAUDEL, *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, vol. I, París, Armand Colin, 1966, p. 253.

## 2

La segunda noción que requiere alguna aclaración es la de **ciudad**. En un conocido ensayo sobre la ciudad antigua, el gran historiador M. I. Finley señalaba a propósito de la noción de ciudad: «Neither geographers nor sociologists nor historians have succeeded in agreeing on a definition. Yet we all know sufficiently what we mean by the label, in general terms...»<sup>9</sup>. Y agregaba que la definición genérica de ciudad se enfrentaba a la enorme dificultad de intentar incorporar todas sus variables esenciales para no excluir los diversos períodos históricos en los que la ciudad ha existido, pero sin caer en un nivel de generalización tal que hiciera inservible la definición por banal.

Desde luego hay rasgos que podemos convenir en considerar como propios de cualquier ciudad como son una cierta concentración de población, jerarquizada y diversificada social y laboralmente, o bien la presencia de un entorno urbano con calles, muros, edificios y una cierta planificación. Pero las dificultades se multiplican cuando se intenta ir más allá y precisar estos criterios para todas las ciudades independientemente de la época y el lugar, sean mediterráneas y clásicas, mesoamericanas —de Tenochtitlán a las ciudades mayas— o africanas —hausa, pongamos por caso.<sup>10</sup> Así lo recordaba Arjan Zuiderhoek en una monografía reciente sobre la ciudad antigua, en la que asume la renuncia conceptual de Finley a definir la ciudad.<sup>11</sup> De hecho, más allá de ciertos rasgos comunes, la conformación de las ciudades varía necesariamente en función del sistema social y político en que se insertan, hasta el punto de que no han faltado voces que aboguen por la disolución misma del concepto de ciudad<sup>12</sup> —sin demasiado éxito por ahora— o por

el diseño de modelos que permitan asimilar su diversidad como fenómeno histórico,<sup>13</sup> distanciándose de algunas aproximaciones que desembocan prácticamente en la reificación.<sup>14</sup>

Si evitando caer en una definición omnicompreensiva pero ineficiente de la ciudad, nos inclináramos por otra que pudiera ser válida para la versión más tópica de las ciudades antiguas clásicas —aun excluyendo algunas de ellas—, tres serían los rasgos más definitorios en mi opinión:

1) La identificación de la ciudad como núcleo y referente de una comunidad cívica independiente —o dotada de una cierta autonomía—, esto es, de una ciudad-estado o de un municipio, con instituciones e identidad propias.

2) La homogeneidad política del espacio urbano y del territorio rural circundante.

3) Un cierto entorno urbanístico, constituido habitualmente por un conglomerado de casas rodeadas por murallas y que en su versión más acabada incluye edificios públicos —religiosos, políticos, de espectáculos—, tiende a una monumentalidad concebida como la producción de referentes conmemorativos perdurables, y cuenta con infraestructuras urbanas como calles pavimentadas, abastecimiento hídrico o, incluso, sistemas de evacuación de residuos.

Por mucho que las ciudades clásicas alcanzaran cotas máximas a escala mediterránea tanto en lo que respecta a la monumentalidad, tal y como se ha definido este concepto más arriba —algo que las distingue por ejemplo de las ciudades chinas—,<sup>15</sup> cuanto a la dotación de infraestructuras urbanas, estos son elementos que pueden identificarse también en ciudades de otras regiones y épocas, por lo que conviene centrar la atención en los dos primeros rasgos, que son quizá los más característicos de la ciudad antigua, y, en particular, en el segundo —la homogeneidad política de ciudad y territorio—, que es el que más afecta a la temática de esta mesa redonda.

9. Moses I. FINLEY, «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and beyond», en Brent D. SHAW y Richard P. SALLER (ed.), *Economy and society in ancient Greece*, Londres, Chatto & Windus, 1981, p. 3-23. Este «we all know sufficiently what we mean» es lo que Monica Smith en *The Social Construction of Ancient Cities* (Monica SMITH, *The Social Construction of Ancient Cities*, Washington y Londres, Smithsonian Institute, 2003, p. 9) ha denominado «the 'you know it when you see it' definition of a city» en alusión a una conocida definición de pornografía emanada del Tribunal Supremo de los EE. UU. en 1964.

10. Véase, por ejemplo, la interesante —aunque parcial— lista que establece Mogens Herman Hansen, «A survey of the 37 identified city-state cultures», en la página web del Copenhagen polis centre (<<http://www.teachtext.net/bn/cpc>>), de las que, significativamente, diecinueve son europeas o próximo-orientales; seis, asiáticas; ocho, africanas, y cuatro, mesoamericanas.

11. Arjan ZUIDERHOEK, *The Ancient City*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, p. 1.

12. Así, Philip Abrams presenta el concepto de ciudad como un constructo social en Philip ABRAMS, «Towns and economic growth: some theories and problems», en Philip ABRAMS y Edward Anthony WRIGLEY (ed.), *Towns in societies. Essays in economic history and historical sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978. Véanse al respecto las observaciones de Penelope J. Corfield en Penelope J. CORFIELD «Review of *Towns in Societies*:

*Essays in Economic History and Historical Sociology*, by P. Abrams, E. A. Wrigley», *The Economic History Review* (Londres), vol. 32 (1979), p. 417-419.

13. Eliodoro SAVINO, *Città di frontiera nell'Impero Romano. Forme della romanizzazione da Augusto ai Severi*, Bari, Edipuglia, 1999, p. 9.

14. «Où qu'elle soit, une ville est une ville»: Fernand BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, vol. I, París, Armand Colin, 1980<sup>2</sup>, p. 370.

15. Obsérvense las penetrantes observaciones del sinólogo belga Simon Leys (pseudónimo de Pierre Ryckmans) en el ensayo Simon LEYS, «Les chinois et leur passé», en *Essais sur la Chine*, París, Editions Robert Laffont, 1998. El autor subraya el contraste entre el respeto por los valores espirituales y morales de los antiguos, y la indiferencia —o, incluso, la negligencia cuando no la iconoclastia— hacia el patrimonio material del pasado con las significativas excepciones principales de la escritura y la pintura.

La organización en ciudades-estado es un rasgo característico de las sociedades antiguas por mucho que existieran también comunidades rurales no urbanas que, sin embargo, tendieron a adoptar el modelo y la organización propios de la ciudad-estado. De hecho, el mundo antiguo —y no solo el grecorromano— se basó en la existencia de ciudades independientes o con un cierto grado de autonomía incluso en el seno de confederaciones, reinos e imperios. Resulta particularmente significativo que dos de los términos antiguos más empleados para hacer referencia a la ciudad mantengan una estrecha vinculación con la noción de ciudadanía. Así, el latino *ciuitas* designa etimológicamente el conjunto de los *ciues* o ciudadanos de una comunidad. Por su parte, el griego *ptólís*, de donde deriva *pólis*, sigue el camino contrario: empieza haciendo referencia al núcleo urbano fortificado para terminar designando a los ciudadanos de toda la comunidad política o *polítai*.

La solidaridad administrativa y política entre ciudad y territorio —*territorium* o *chorá*— es otro de los rasgos propios de la ciudad clásica, aunque, evidentemente, no exclusivo de ella: por ejemplo el término azteca *altepetl* designa también, al parecer, el conjunto de ciudad y territorio, como recuerda Zuiderhoek.<sup>16</sup> Así, los habitantes de los pueblos, aldeas o alquerías que jalonaban y articulaban el territorio de las ciudades griegas y romanas, a veces a varias decenas de kilómetros del centro,<sup>17</sup> no veían reducidos sus derechos personales —que eran hereditarios y no territoriales— en función de su residencia, si bien es cierto que las elites, por mucho que dispusieran de viviendas campestres, solían residir en la ciudad. Esta simbiosis de campo y ciudad genera una *ciudad ruralizada* y un *campo urbanizado*, es decir, sociedades urbanas que viven con ritmos agrarios y comunidades rurales que frecuentan la ciudad y reproducen a menor escala los rasgos urbanos en sus centros poblacionales o incluso en sus viviendas (*willae*).

16. Arjan ZUIDERHOEK, *The Ancient City*, 2017, p. 43; Joyce MARCUS, Jeremy SABLÖFF (ed.), *The ancient city: new perspectives on urbanism in the Old and New World*, Santa Fe, School for Advanced Research Press, 2008, p. 22.

17. Piénsese por ejemplo en la enorme extensión de los territorios de ciudades romanas como las colonias hispanas de *Caesar Augusta* o *Emerita Augusta* que pueden alcanzar dimensiones máximas cercanas a los 100 km. Véase sobre *Emerita Augusta*: Pedro Dámaso SÁNCHEZ BARRERO, «El territorio», en Xavier DUPRÉ (ed.), *Mérida. Colonia Augusta Emerita*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 2004, p. 101-111; Tomás CORDERO, «Una nueva propuesta sobre los límites del *ager Emeritensis* durante el Imperio Romano y la Antigüedad tardía», *Zephyrus* (Salamanca), vol. 65 (2010), p. 149-165. Sobre *Caesar Augusta*: FRANCISCO BELTRÁN y M. Ángeles MAGALLÓN, «El territorio», en FRANCISCO BELTRÁN (ed.), *Zaragoza — Colonia Caesar Augusta. Ciudades romanas de Hispania*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 207, p. 103 ss.; FRANCISCO BELTRÁN, «*Colonia Caesar Augusta*: el impacto sobre el territorio y las comunidades indígenas», *Revista de Historiografía* (Madrid), vol. 25 (2016), p. 301-315.

Terminaré este apartado con una última consideración vinculada con la distribución de la población en las ciudades-estado o municipios clásicos. Se ha afirmado, por ejemplo a propósito de las *póleis* griegas, que la mayor parte de la población residiría en la ciudad,<sup>18</sup> una afirmación francamente difícil de contrastar habida cuenta de la extrema rareza de los datos demográficos en la Antigüedad. Por el contrario, en los cascos urbanos de ciudades romanas como, por citar algunos ejemplos próximos, *Tarraco* (Tarragona), *Barcino* (Barcelona) o *Caesar Augusta* (Zaragoza), eran tan extensos los espacios destinados a albergar plazas y calles o edificios no residenciales como templos, termas, teatros, etc., que resulta difícil no asumir que una parte importante de la población de la comunidad vivía fuera del núcleo urbano, en poblaciones secundarias o en asentamientos rurales: máxime en el caso de ciudades como *Caesar Augusta*, que contaban con territorios muy extensos y núcleos secundarios relevantes como *Pagus Gallorum*, la antigua *Contrebia Belaisca*, el Pueyo de Belchite, etc. En cualquier caso, documentos como la *Lex riui Hiberiensis* —un epígrafe de época de Adriano relativo a una comunidad de regantes— pone de manifiesto cómo, por ejemplo, los propietarios y residentes del *Pagus Gallorum*, en el extremo occidental del territorio cesarAugustano, situado a más de 40 km del núcleo urbano, disfrutaban de los mismos derechos que los residentes en la ciudad.<sup>19</sup> Y este sin duda es uno de los rasgos característicos de la ciudad clásica mediterránea.

Precisamente, influyentes pensadores modernos como Adam Smith, Karl Marx, Max Weber o Henri Pirenne, vieron los orígenes del capitalismo en la interesante anomalía histórica que supone la separación legal y económica entre campo y ciudad propia de la Europa medieval frente a la ciudad antigua, caracterizada ya por Moses I. Finley como una ciudad consumidora.<sup>20</sup>

Esta condición económica de ciudad consumidora podría añadirse como un cuarto elemento definitorio de la ciudad clásica, entendida en el sentido de que las

18. El porcentaje de población urbana, a partir de datos arqueológicos (?), es evaluado en 70-80% —quizá un tanto abultadamente— por John Bintliff en JOHN BINTLIFF, «Considerations on agricultural scale-economies in the Greco-Roman world», en Richard ALSTON y Onno VAN NIJF, *Feeding the ancient Greek city*, Leuven, Peeters, 2008, p. 17-31.

19. Para *Tarraco* y *Caesar Augusta*, véanse los planos de: Xavier DUPRÉ (ed.), *Tarragona. Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 2004; FRANCISCO BELTRÁN (ed.), *Zaragoza. Colonia Caesar Augusta*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 2007 (para el territorio FRANCISCO BELTRÁN, M. Ángeles MAGALLÓN, «El territorio» p. 97-102). Sobre la *Lex riui Hiberiensis*: FRANCISCO BELTRÁN, «An irrigation decree from Roman Spain: the *Lex riui Hiberiensis*», *Journal of Roman Studies* (Londres), vol. 96 (2006), p. 147-197.

20. Arjan ZUIDERHOEK, *The Ancient City*, 2017, p. 9 ss.; Moses I. FINLEY, *The Ancient Economy*, Berkeley, University of California Press, 1999.

elites políticas y ciudadanas residentes en ella, obtenían sus recursos de la explotación del territorio agrícola —directamente, a través de rentas o de impuestos—, hecho que no excluye la posibilidad de que estas ciudades alimentaran una economía urbana dinámica, que en ellas floreciera la actividad comercial o que generaran crecimiento económico, como ha puesto de manifiesto Paul Erdkamp.<sup>21</sup>

### 3

Para terminar ya esta intervención, la última reflexión afecta al tercer concepto básico de esta mesa redonda, la **región**, quizá la noción más vaga de las tres que delimitan la temática de esta sesión. Partimos de la base de que la ciudad antigua conforma una entidad solidaria y homogénea políticamente con su *territorium* o *chorá*, a veces de tamaño notable y no solo en el caso de Atenas, Esparta o Roma. Sin embargo, ¿cuáles son sus relaciones con la región en la que se enclava la ciudad y su territorio cívico?

Quizá a este respecto convenga plantearse, siguiendo las consideraciones de Zuiderhoek, la interesante cuestión del tamaño de las ciudades antiguas, terreno en extremo resbaladizo dada la falta de datos demográficos fiables. No obstante, hay acuerdo en considerar que algunas ciudades antiguas llegaron a alcanzar proporciones enormes. Se atribuye a la Atenas clásica una población por encima de las 250.000 personas (¿400.000?), y, a la Roma del Principado, en torno a un millón. Además de metrópolis como Alejandría, Cartago, Antioquía y algunas otras, que rebasaron las 100.000 personas (hasta llegar a 500.000, según algunos autores),<sup>22</sup> cuyo número se ha evaluado en cerca de una docena para el período imperial romano<sup>23</sup> y la mayoría de las cuales se ubicaban en Oriente, espacio con una mayor tradición urbana que Occidente, donde solo surgieron ciudades significativas a partir del período imperial romano.

Resulta revelador que Europa no alcanzó esa cifra de grandes ciudades hasta el s. XVIII, sin que ninguna rebasara el tamaño de la Roma imperial; así, París y Londres no superaban los 500.000 habitantes en 1800.<sup>24</sup> La diferencia entre el mundo antiguo y el moderno radica en la existencia en aquel de megalópolis

como Roma —y luego Constantinopla—, Alejandría o Cartago. La inmensa mayoría de estas ciudades basaron su prosperidad y tamaño en su condición de sedes del poder político, desde Atenas hasta Roma pasando por Alejandría.<sup>25</sup> De hecho, en el Imperio romano las capitalidades provinciales o incluso la condición de sede de un distrito —*conuentus*— jurídico o el disfrute de la condición de colonia romana —o de municipio romano o latino—, contribuían a conformar una red jerarquizada y desigual de ciudades,<sup>26</sup> uno de cuyos rasgos definitorios sería, en opinión de algunos,<sup>27</sup> la escasez de ciudades intermedias entre las grandes megalópolis —sobre todo orientales— y la mayoría de las ciudades, que probablemente no rebasaba los 5.000 habitantes o a lo sumo 10.000, frente a lo que ocurre en la Europa del s. XVIII, por ejemplo, que contaba con una importante red de ciudades (entre 300 y 400) de unos 10.000 habitantes.

No es cuestión ahora de discutir sobre los datos precisos. Parece evidente que en el Imperio romano, por ejemplo, existía una gran distancia entre las megalópolis y la inmensa mayoría de las ciudades que oscilaría entre los 5.000 y los 10.000 habitantes en los núcleos urbanos. Así, el mundo antiguo estaba dominado por enormes ciudades que, fortalecidas por su condición de sedes del poder, atraían a emigrantes y drenaban las rentas rurales, actuando como auténticos «agujeros negros» que no dejan espacio para las ciudades medias, fenómeno que desde luego no es ajeno a nuestra realidad actual.<sup>28</sup>

Estas megalópolis casi siempre tienen en común su condición —en diversos niveles— de capitales políticas que, pese a poder ser definidas en cierto modo como parásitas o, mejor, como consumidoras, desarrollaron importantes redes comerciales e influyeron positivamente en su *hinterland*, a veces muy extenso. En ocasiones el ámbito de influencia incluso llegó a ser global, como en el caso de Roma, que se abastecía de todo el Imperio, o regional, como Alejandría, que se proyectaba sobre el valle del Nilo y hacia el Mediterráneo.

25. Sobre las megalopolis, véase: Alberto F. ADES y Edward L. GLAESER, «Trade and circuses: explaining urban giants», *The Quarterly Journal of Economics* (Cambridge, Mass.), vol. 110 (1995), p. 195-227.

26. Al respecto: Francisco BELTRÁN, «War, destruction, and regeneration in the middle Ebro valley (1<sup>st</sup> century BCE). The foundation of the colonia *Caesar Augusta* and its irrigation programmes», en Sitta VON REDEN (ed.), *Economie et inégalité: ressources, échanges et pouvoir dans l'Antiquité Classique*, Vandoeuvres, Fondation Hardt, 2017.

27. Arjan ZUIDERHOEK, *The Ancient City*, 2017, p. 53.

28. En Aragón, por ejemplo, Zaragoza concentra cerca de 700.000 habitantes, cifra que multiplica por catorce la población de la ciudad de Huesca y por veinte la de Teruel. Y en Cataluña la conurbación barcelonesa, con cerca de dos millones de habitantes, multiplica por quince la población de Lérida o Tarragona, y por veinte la de Gerona.

21. Paul ERDKAMP, «Beyond the limits of the 'consumer city': a model of the urban and rural economy in the Roman world», *Historia* (Wiesbaden), vol. 50 (2001), p. 332-356.

22. Según Hansen (cit. nota 10), diez de las diecinueve culturas basadas en la ciudad-estado del ámbito mediterráneo son próximas-orientales.

23. Greg WOOLF, «The Roman urbanisation of the East», en Susan E. ALCOCK (ed.), *The early Roman Empire in the East*, Oxford, Oxbow, 1997, p. 1-14, esp. p. 6-7.

24. Jan DE VRIES, *European urbanization 1500-1800*, Londres, Harvard University Press, 1984.

En este sentido la influencia regional de una ciudad dependía, sin duda, de su prosperidad económica, basada fundamentalmente en los recursos agrarios, pero también en su posición en la red comercial —obsérvese que todas las grandes ciudades antiguas son urbes litorales o, al menos, dotadas de puertos, a veces fluviales, que pueden disfrutar de esa gran autopista comercial que era el Mediterráneo. Pero no menos importante en muchos de los casos es su condición de sede del poder político, que permite agrandar su campo de acción más allá del territorio cívico e influir a escala comarcal, regional o global / mediterránea. Estos serían los cuatro ámbitos de influencia que cabría fijar para las ciudades antiguas y que pueden ilustrar ejemplos como el pequeño municipio flavio sevillano de *Irni* (El Saucejo), de proyección meramente local; la colonia

*Caesar Augusta*, influyente en su dilatado convento jurídico; *Tarraco*, capital de la extensísima provincia Hispania Citerior, o megalópolis como la Atenas clásica, Alejandría, Cartago, Antioquía o, obviamente, Roma, que extendieron su influencia por amplias áreas del Mediterráneo.

No obstante, y para terminar, conviene recordar con Horden y Purcell la necesidad de aproximarse al ámbito mediterráneo mediante estudios y planteamientos de detalle para evitar caer en una excesiva generalización.<sup>29</sup> Espero haber proporcionado con esta intervención elementos de reflexión y términos de comparación para un debate sobre la relación entre ciudad y territorio en el Mediterráneo a través de los siglos

29. Véase la nota 5.